

LA POLÍTICA AMERICANA DE LOS AUSTRIAS

La continuación del proceso evangelizador

Durante el reinado de los Austrias prosiguió la evangelización de América. Los grandes núcleos indígenas ya habían sido convertidos al cristianismo. Esto se vio favorecido en el caso de pueblos como los aztecas e incas, por el hecho de que los nativos ya estaban acostumbrados al trabajo y a la vida sedentaria en comunidad. A pesar de ello subsistía un problema grave: muchas tribus nómades se encontraban dispersas y vivían en zonas selváticas o de muy difícil acceso para los misioneros. Estas características hacían que su evangelización fuera muy dificultosa. Hemos visto en el capítulo 2 que un medio utilizado para educarlos en la fe, civilizarlos y enseñarles a trabajar era la encomienda. Pero ya desde mediados del siglo XVI muchos españoles, comenzando por la misma corona, desaconsejaron su uso debido a los abusos de los encomenderos. Es por ello que se decidió la implementación de un nuevo sistema: el de las **misiones o reducciones**.

Las misiones eran poblados en donde los religiosos reunían a los naturales, los evangelizaban, les enseñaban a leer, escribir y a trabajar, entre otras cosas. La tarea no era nada sencilla, los misioneros debían internarse en las regiones habitadas por los indígenas sin ningún tipo de escolta. Solían llevar espejos, anzuelos, cuchillos, cascabeles, bolitas de cristal o instrumentos musicales con el fin de atraer su atención. Una vez logrado ese propósito lentamente y con mucha paciencia aprendían su lengua y empezaban a dialogar con ellos ganándose su confianza. Los iban convenciendo de la ventaja de reunirse en poblados a la vez que les enseñaban los principios básicos del cristianismo. En muchas ocasiones los indios se marchaban o lo que era peor, terminaban martirizando a los misioneros. A pesar de las dificultades el nuevo sistema comenzó a implementarse teniendo un gran éxito en México, Paraguay el actual territorio argentino.

Los primeros en ponerlo en práctica fueron los franciscanos siendo uno de sus precursores **Fray Luis de Bolaños**. Sin ser todavía sacerdote llegó en 1575 al Paraguay y con la ayuda de varios padres de la congregación, entre 1580 y 1615 fundaron catorce misiones a la vez que cristianizaron unos 10 pueblos que ya existían con anterioridad. Los franciscanos también establecieron reducciones en Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes.

La fundación de misiones fue ampliamente apoyada por Francisco de Toledo, virrey del Perú desde 1569, y por **Toribio de Mogrovejo** desde que se hizo cargo del arzobispado de Lima en 1581. El Concilio de Lima (1582-1583), promovido por él dispuso de las medidas necesarias para dar un nuevo impulso a la evangelización.

Fue sin embargo la **Compañía de Jesús** la que más se dedicó a la fundación de **misiones**. Los primeros jesuitas arribaron a América en 1566. En 1570 se hicieron cargo de las dos primeras reducciones: en Lima y en las afueras de la ciudad. En 1586 llegaron a Salta seis jesuitas convocados por el obispo de Tucumán, Francisco de Vitoria. De allí se trasladaron a Asunción donde desarrollaron una intensa actividad misionera en todo el Paraguay. En 1607 quedó constituida la Provincia Jesuítica del Paraguay, piedra fundamental para el desarrollo de la actividad de la Compañía de Jesús en la región.

La zona estaba habitada por numerosas tribus, entre las que se destacaban los guaraníes presentes en grandes cantidades. La poligamia, la antropofagia y la guerra eran prácticas muy comunes entre ellos por lo que la evangelización no fue nada fácil.

Con gran apoyo del gobernador Hernandarias, los padres **Lorenzana, San Martín y Roque González** fundaron en 1609 la primera misión jesuita en el Paraguay, la de **San Ignacio Guazú**. Rápidamente fue seguida por las de Nuestra Señora de la Concepción de Itapuá, Santa Ana, Yaguapá y Yutí. Las reducciones se multiplicaron y para 1700 en la Provincia del Paraguay había unas 30; 17 en torno al río Uruguay que dependían del obispado de Buenos Aires y 13 cerca del Paraná dependientes de la diócesis de Asunción. Según cifras del padre José María Iraburu solamente las de los jesuitas estaban habitadas por unos 90.000 indígenas con un total de 23.000 familias.

Cada misión disponía de una Iglesia que daba a una plaza central en torno a la cual se ubicaban los principales establecimientos públicos (escuela, habitaciones de los padres, hospital, almacenes, talleres y ayuntamiento). Muy cerca de la plaza se hallaban las casas de los indígenas y los terrenos para el cultivo y la ganadería.

{216} La jornada comenzaba al alba cuando todos se reunían para orar y participar de la Misa, luego cada uno se dirigía a efectuar sus tareas. Los niños y las niñas iban a la escuela a partir de los siete años donde aprendían a leer, escribir y recibían instrucción religiosa. Esta última ocupaba un lugar central de

la vida de la comunidad, la Misa se celebraba diariamente y los sacramentos se administraban de la misma manera, siendo mayor su frecuencia durante las fiestas religiosas.

Los mayores se encargaban del cultivo de la tierra, sobre todo yerba mate, maíz, legumbres, algodón y caña de azúcar y de la ganadería, actividades favorecidas por los nuevos conocimientos aportados por los jesuitas. Se realizaban diferentes trabajos artesanales en los talleres como por ejemplo, la construcción de campanas, instrumentos musicales, muebles, relojes, elementos para usar en las ceremonias religiosas, obras de arte, prendas de vestir y todos aquellos artículos que la comunidad necesitara. Se han conservado los relatos de numerosos viajeros que explican cómo quedaban sorprendidos al ver en medio de la selva, las reducciones en donde llamaba la atención la laboriosidad de los indios y la armonía que reinaba en las comunidades. La jornada laboral estaba reglamentada y la cantidad de horas variaba según la tarea, siendo menor en aquellas que exigían mayor esfuerzo. Todo era supervisado por los religiosos.

Cada familia era dueña de su casa y de un terreno para la agricultura y la ganadería. A la vez existían tierras de la comunidad donde todos los mayores debían trabajar. Lo que se obtenía de ellas servía para mantener a las viudas, huérfanos, enfermos y para los gastos de la comunidad. Los productos que no eran consumidos en la misión se usaban para el comercio, de esta manera se obtenía todo lo que la reducción no podría producir por sí misma.

Cada misión era dirigida por uno o varios religiosos conocidos como “curas doctrineros” que eran la máxima autoridad, siempre ejercida en forma paternal. Para el gobierno eran ayudados por las autoridades indígenas que formaban Cabildos compuestos en general por uno o dos alcaldes, varios regidores y dos alguaciles. A la vez existían funcionarios del rey que supervisaban su funcionamiento. La justicia era administrada por el sacerdote de la reducción.

Las misiones conocieron un desarrollo extraordinario y permitieron la evangelización de un gran número de indígenas. Lamentablemente, a partir de 1628 comenzaron a sufrir los ataques de las llamadas **bandeiras** o **malocas**. Estas eran expediciones organizadas por los portugueses que, desde la ciudad de San Pablo –por ello se conocía a sus integrantes como *paulistas*–, se dirigían a las reducciones y las atacaban para capturar a los nativos, que eran llevados a San Pablo para ser vendidos como esclavos. De estos saqueos también participaban indios aliados, mestizos y extranjeros. A pesar de los reclamos de los padres a cargo de las misiones y de los emisarios de España ante Portugal los ataques continuaron hasta 1641; esto hizo que desde 1631 varias reducciones debieran trasladarse. La zona del Guayrá quedó virtualmente arrasada. El padre Ruiz de Montoya viajó a Madrid donde en 1640 obtuvo la autorización del rey para armar a los guaraníes. De esta manera pudo formarse un ejército para defensa de las misiones. El papa Urbano VIII dispuso que aquellos que participaran en las bandeiras serían excomulgados.

En 1641 partió desde San Pablo una gran maloca integrada por alrededor de 6.000 efectivos entre paulistas, mulatos, negros, mestizos e indios tupíes aliados. Contaba además con unas 900 canoas para su transporte. Al enterarse de su avance el padre Claudio Ruger, provincial de los jesuitas, dispuso que se organizaran las defensas para detenerla. Los guaraníes lograron reunir 4.000 hombres dirigidos por el cacique Abiarú y los padres Pedro Mola y Romero. Entre el 11 y el 16 de marzo de 1641 se enfrentaron a los paulistas y sus aliados y los vencieron en la gran batalla de Mbororé. Los bandeirantes sufrieron un durísimo descalabro, a tal punto que los ataques disminuyeron notablemente.

Durante la época de los Borbones las reducciones se mantuvieron en paz hasta 1750. En ese año España y Portugal firmaron el **Tratado de límites** por el cual los españoles cedieron siete misiones a los portugueses. A su vez éstos se comprometían a devolver a España la Colonia del Sacramento en la Banda Oriental. Los guaraníes no estaban dispuestos a dejar sus hogares o ser esclavizados, por lo que se sublevaron dando origen a las llamadas “**Guerras Guaraníticas**”. Los portugueses arrasaron las siete misiones y muchos guaraníes murieron. Posteriormente este injusto y vergonzoso tratado fue dejado sin efecto, pero el daño ya estaba hecho. Sin embargo lo peor estaba por venir. Carlos III, rey de España, instigado por la masonería, dispuso en 1767 que los jesuitas fueran expulsados de sus dominios. De esta manera la Compañía de Jesús debió abandonar las misiones, que quedaron en manos del clero secular y otros religiosos que no tenían la preparación adecuada para llevarlas adelante. Lentamente se fueron despoblando y sus habitantes se dispersaron.

La importancia de las misiones y la obra desarrollada por los religiosos fue inmensa. Guillermo Furlong dijo al respecto: “(...) *No cabe dudar que una tercera parte de la población, existente en ellas, llegó a un esplendor tan extraordinario, aun en sus apariencias externas, pero sobre todo en sus intimidades que la historia no recuerda algo que se pueda comparar. Ha sido algo único en los anales de la siempre dolida humanidad. El ideal que Platón diseñó en su República –una de sus principales obras– y el país utópico que Tomás Moro fantaseó en la nación de sus ensueños, fue superado por treinta*

pueblos que los jesuitas establecieron en lo que ahora es la provincia de Misiones y en sus vecindades, y en ellos llegó a albergarse un tercio de toda la población que entonces había en lo que ahora es la República Argentina, ya que ésta, a mediados del siglo XVIII no contaba sino con 300.000 habitantes. Si a la cifra antes consignada de los indígenas que poblaban aquellas tierras felicísimas de las Reducciones de guaraníes, agregamos los que había en otros pueblos menos prósperos, como en los de mocovíes, abipones, vilelas, lules, isitines, pasaines, omoampas, pampas y serranos, aquella cifra llegaba a las 150.000, prácticamente la mitad de la población de otrora (...).”

EL TRABAJO EN LAS MISIONES

“Tres fueron las grandes victorias que sobre los indios de las reducciones obtuvieron los jesuitas: acabaron con la borrachera, con la poligamia y con la ociosidad. Para superar la borrachera implantaron el mate; para acabar con la poligamia hicieron que sus feligreses tuvieran un alto concepto del sacramento del matrimonio, y para eliminar la ociosidad crearon los más variados tipos de labor, y les hicieron apreciar y amar el trabajo. No les faltaba a los indígenas excelentes cualidades y dotes para toda clase de labores, aun en sus más finas manifestaciones, pero una indolencia atávica y una como innata tendencia a la ociosidad esterilizaban tan preciosas cualidades.

“En un pueblo de cinco mil almas, eran alrededor de tres mil los que debían trabajar y se procuró siempre que nunca les faltara en qué ocuparse. Estaban las estancias, con diez o más puesteros, uno de los cuales era el mayordomo, y como cada puestero tenía cinco o más rodeos de ganado, eran fácilmente doscientas las personas atareadas en la ganadería; estaban los campos sembrados o por sembrar, y sólo en espantar los loros, terribles enemigos de los campos, se requerían cien o más que diariamente espantaran o mataran a esas aves dañinas; estaban los yerbales con 500 a 1.000 árboles, y era menester limpiar en torno de cada uno y en las épocas de seca regarlos, y después recoger las hojas, tostarlas, ensacarlas y almacenarlas; estaban los algodones y cañaverales que casi de continuo exigían cuidados de parte de personas expertas; estaba la huerta y quinta de los misioneros donde ya dos o tres, ya diez o más, **conchabados*** y remunerados, trabajaban en la siembra o recolección; estaban las casas de la reducción, que o se debían reconstruir o refaccionar, las calles que se debían aplanar, las veredas que se debían componer, estaba la provisión de agua, elemento básico, cuya conducción, aunque por cañerías, requería un lote nada insignificante de hombres; estaba el matadero y el local donde diariamente se repartía la carne y el pan a toda la población; estaban los mayordomos de los almacenes y estaban los alcaldes de los diversos talleres, con todo su séquito de oficiales y aprendices.”

FURLONG, Guillermo: *Historia Social y Cultural del Río de la Plata (1536-1810)*. *El Trasplante Social*, p. 74-

5.

Conchabados:

Además de los territorios de las actuales Argentina, Paraguay y Uruguay, el proceso de evangelización continuó por todo el continente. El sistema de misiones fue también implementado en México por los jesuitas que habían llegado a esa región en 1572. Las reducciones se establecieron en zonas casi inaccesibles donde habitaban tribus que ni los mismos aztecas habían llegado a someter. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII numerosos religiosos ofrecieron generosos sus vidas para llegar hasta los últimos rincones del continente.

La economía en América

La política económica: el monopolio

Desde los comienzos del descubrimiento y la conquista de América España desarrolló una política económica que se mantuvo con pocas variantes hasta la llegada de la dinastía de los Borbones tras la Guerra de Sucesión (1701-1714).

En la época se sostenía que un Estado debía proveerse a sí mismo de todos los recursos necesario para su subsistencia, es decir lograr la **autarquía***. La riqueza de una nación se basaba y medía por la cantidad de oro y plata que poseía, es por ello que cada Estado debía procurar acumular la mayor cantidad posible de estos metales. Para lograrlo con frecuencia los gobiernos prohibían o restringían la salida de oro y plata de sus territorios. Siempre el comercio debía llevar a que las reservas de metales aumentaran. Con el paso del tiempo se dio cada vez mayor importancia a la industria considerándola como la base del poder económico de las naciones.

Autarquía:

El Estado intervenía en la economía favoreciendo el desarrollo de determinadas actividades e industrias y bloqueando el crecimiento de otras de acuerdo a los intereses nacionales. Se buscaba en todo momento proteger las industrias locales frente a la competencia de las extranjeras por lo que se establecían **medidas proteccionistas**. En la mayoría de los casos consistían en la creación de impuestos que las mercancías extranjeras debían pagar al ingresar al territorio nacional por las aduanas, de esta manera aumentaba su precio y entonces la población prefería los productos locales más baratos. Otra forma era directamente prohibir el ingreso de las mercaderías extranjeras que podían competir con la industria nacional.

A este sistema se lo llamó **mercantilismo** y su finalidad era asegurar el bienestar de todos los miembros del Estado aunque para ello el gobierno debiera intervenir activamente en la economía. Esta política fue la que aplicó España en América. Se estableció un método por el cual los territorios americanos prácticamente sólo comerciaban con España, conociéndose este sistema como el **monopolio**.

Para comerciar con otras naciones era necesario el otorgamiento de permisos especiales. Los permisos a los extranjeros solamente se concedían en casos de extrema necesidad, por ejemplo cuando había algún tipo de medida que era necesaria y que ni España ni América podían producir. En tiempos de guerra y ante la escasez de naves propias también se solía habilitar a buques de naciones aliadas para el comercio, pero sólo en casos de extrema necesidad. Siempre la premisa era mantener el sistema de monopolio.

Las grandes riquezas de los territorios americanos atrajeron la atención y la codicia de otros Estados como Inglaterra, Holanda y Francia que no dudaron en apelar al contrabando y la piratería para obtenerlas.